XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

Longevidad.

Gustavo Mariluz.

Cita:

Gustavo Mariluz (2023). *Longevidad. XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-025/239



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Reflexiones sobre la longevidad y el envejecimiento. Continuación de estudio

Gustavo Mariluz.
UBA. Fsoc. Carrera de Sociología

1. Longevidad

Vivimos una época de trascendencia histórica por varios motivos; uno de ellos, y muy importante, está definido por que cada vez vivimos más años. Esta particularidad es la longevidad.

El concepto de longevidad acepta tanto una definición demográfica que es el porcentaje de personas longevas en un determinado territorio definida por una edad cronológica como ingreso; pero también la longevidad es susceptible de análisis cualitativos en donde confluyen varias disciplinas. A los efectos de esta ponencia, entenderé la longevidad como "la larga duración de la vida" como nos indica la Real Academia Española. Para algunos/as estudiosos/as de la sociología del envejecimiento, la edad cronológica no es el mejor instrumento para comprender las vejeces.

Poseer esta cualidad nos confiere una condición muy diferente con respecto a las generaciones pasadas. Hoy estamos en condiciones de vivir, si no media un accidente o una tragedia, muchos más años que nuestros padres, nuestras madres y nuestros/as abuelos/as. Los seres que habitamos este mundo y continuamos vivos/as, ¿tomamos conciencia de que seremos longevos/as? ¿Qué viviremos muchos años? Estas son preguntas que no necesariamente tienen respuestas ya que la longevidad no implica inevitablemente su conciencia.

La ciencia social junto con la filosofía, hace ya muchos años que han detectado esta cuestión, pero no logra, salvo excepciones, influir en la comunidad social, en los gobiernos, en el mercado, etc., sobre las cualidades de este fenómeno.

Habitamos un tiempo que era buscado con énfasis por nuestros/as predecesores/as. En la actualidad, están cumplidas ciertas expectativas que eran posesión de las generaciones precedentes. El segmento poblacional que más crece está representado por los/as centenarios/as lo que significa el sueño cumplido de nuestros/as abuelos/as. La utopía del pasado se hace patente en este presente. Esta característica solo les estaba reservada a personas elegidas. Veamos.

2. Patriarcas y mitos

La historia bíblica nos cuenta de algunos patriarcas que eran extremadamente longevos: Adán: murió a los novecientos treinta años (Génesis 5.3), Set a los novecientos doce

(Ídem 5.8), Enos a los novecientos quince (Ibidem 5.9), Quenan a los novecientos diez (Ib. 5.14), Mahalalel a los ochocientos cuarenta y cinco (Ib. 5.17), Lered a los novecientos sesenta y dos (Ib. 5.20), Henoc a los trecientos sesenta y cinco (Ib.5:23), Lamec a los setecientos setenta y seis (Ib. 5.31) y Noé a los novecientos cincuenta años (Ib. 7.6).

Todos estos patriarcas –nótese que son varones lo que contrasta con los datos actuales en donde las mujeres sobreviven a los hombres en aproximadamente siete años según el país– accedieron a la longevidad porqué, según nos relata el Génesis 5.24 refiriéndose a Henoc "Siguió siempre los caminos de Dios, y luego desapareció porque Dios se lo llevó". En este particular caso, Henoc no murió, sino que "desapareció", según la traducción de la Biblia con la que cuento, como una especie de "premio", si lo puedo expresar así, por ser respetuoso de su Creador. Acá, según la tradición judía y cristiana, Dios, Creador del cielo y de la tierra y dador de vida por el hálito divino, provee de longevidad a determinados patriarcas varones, y no a las mujeres, debido a su conducta; si se siguen los caminos de Dios, no morirás, tampoco serás inmortal, sino que despareces porque Dios "te llevó".

Otros relatos míticos no hablan directamente de longevidad sino de inmortalidad como es el caso del poema sumerio de Gilgamesh, de la búsqueda de la juventud eterna mediante la fuente de Juvencia, la búsqueda de la inmortalidad de Alberto Magno por medio de la alquimia que se emparenta con la fabricación de elixires, como han hecho los alquimistas chinos que sostenían que había un hongo llamado *fangshi* que se encontraba en el monte Penglai pero que solo ellos sabían reconocerlo y, además, eran los únicos que sabían dónde crecía en ese mismo monte. La lista de buscadores de la vida eterna y la inmortalidad tiene para todos los gustos.

La antropología cultural y el folklore nos suministran ejemplos de que ciertos héroes míticos logran la longevidad o la inmortalidad como premio dado por entidades divinas. Hay algo de una trascendencia vital en estos mitos, en estas narraciones que ubican a estas personas por fuera de la humanidad acercándolos a los dioses.

En palabras de Heidegger, "el hombre es un ser arrojado a la muerte" lo que nos hace reflexionar no solo sobre el destino de la humanidad sino qué significa ser longevo/a.

3. Posponer la muerte. Habitar la eternidad

Lo positivo que nos cuentan estos mitos, es que esa persona longeva o inmortal, no padecía de problemas, sino que o bien se mantenía joven por siempre –que es un anhelo muy actual– o se llega a la ancianidad, pero en condiciones de salud corporal y

cognitiva que no corresponde con esa misma edad. El paso del tiempo no impacta en ellos/as. Son inalterables lo que los/as aleja de la humanidad; viven en un estado que no es humano. No son dioses/as pero tampoco son humanos/as; están en una condición vital que no sabemos muy bien cómo definir. Permanecen como congelados/as en un instante eterno y, sin embargo, duran en el tiempo. Habitan un tiempo que no es el de la humanidad porque la humanidad es mortal.

Esta característica que parece ser maravillosa porque aleja nuestra muerte –aunque no la muerte de nuestros seres queridos– no es tan así según nos muestra alguna literatura. Jorge Luis Borges escribió un cuento titulado "El inmortal" en donde el personaje principal descubre la tragedia de no morir y vivir para siempre. Algunos años antes, Oscar Wilde nos relata algo similar en su novela "El retrato de Dorian Grey" en donde su personaje busca enfáticamente la juventud que le muestra un cuadro cuando, en realidad, no es otra cosa que un exacerbado narcisismo vinculado con la juventud, esa juventud idealizada que se procura con la inmortalidad no percibiendo, en el caso de Wilde pero sí en el de Borges, que la inmortalidad "…es baladí; menos el hombre, todas las criaturas lo son, pues ignoran la muerte; lo divino, lo terrible, lo incomprensible, es saberse inmortal."

Si bien la longevidad no es la inmortalidad, comparte con esta última, cierto aroma, cierto sabor de triunfo de la vida sobre la muerte y sobre la historia lo que nos aleja, desde una perspectiva existencial, de lo estrictamente humano porque, siguiendo a Heidegger, es la muerte el corolario de una existencia.

Comprobamos nuestra existencia para las generaciones futuras porque hemos muerto y hemos dejado un recuerdo. Sabemos de San Martín o de Bolívar porque existe su tumba y su epitafio. ¿Qué indica o dice un epitafio? Tan solo que allí está el cuerpo de un ser que existió. Las tumbas anónimas no nos dicen quien, sino que.

El epitafio es un indicador de singularidad porque nos dice el nombre de quien estuvo vivo. Cada estatua de un prócer, de un dios o de una diosa, lleva su nombre; no es anónima como lo puede ser cualquier estatua en un parque. Podemos ver estatuas al soldado desconocido, a los bomberos, a las madres, etc., pero son estatuas genéricas, en cambio, sabemos que ese militar que está montando el caballo, es Urquiza o Lavalle.

La longevidad no es la inmortalidad, pero eso solo lo saben los testigos de la muerte del/a otro/.

4. Rol

Cuando somos niños/as, jóvenes y adultos/as, sabemos muy bien cuál es nuestro rol en esta sociedad. Los/as niños/as deben obedecer a sus padres y madres y concurrir al colegio para aprender a leer y a escribir y adquirir los conocimientos básicos sobre nuestra identidad nacional. Cuando somos jóvenes continuamos con nuestros estudios pensando de qué trabajaremos y como nos mantendremos en el futuro que se acerca rápidamente. Ya adultos/as estamos preocupados/as por ampliar nuestras posesiones para garantizarnos la reproducción cotidiana, cuidar y educar a nuestros/as hijos/as, pero también cuidar a nuestros/as padres y madres que han envejecidos. En la vejez, obedecemos el rol tradicional que nos han asignado lo que contrasta con la autopercepción de las personas involucradas. En virtud del llamado envejecimiento diferencial, no hay vejez sino vejeces lo que inserta el debate en un campo mucho más amplio que el tradicional. Cumplir muchos años, refuerza esta diferencialidad. Hay una desactualización de algunas miradas sobre el envejecimiento.

Los/as viejos/as de hoy ya no son los/as viejos/as de ayer, sino que, no solo viven más años y están en condiciones de superar determinadas enfermedades y, además y como consecuencia de la longevidad, desarrollan y tienen otras expectativas según su clase social y su estado de salud.

Los/as abuelos/as de antaño no son los/as abuelos/as de hoy y, sin embargo, el modelo cultural sigue siendo el mismo. Hoy, en las ciudades, es extremadamente difícil encontrar una vieja como el personaje que encarnaba el actor argentino Pepe Soriano en la película “La nona” vestida de negro, un poco lela, encorvada y teniendo un apetito voraz; del mismo modo, tampoco encontramos muchas “mama Cora” que es el personaje de la película “Esperando la carroza” protagonizada por Antonio Gasalla. Esos modelos de viejos y viejas, ya no se presentan ante nuestra vista como podían hacerlo hace tan solo treinta o cuarenta años.

Los/as viejos/as de hoy son totalmente diferentes y, como dije, los modelos que aún prevalecen, están totalmente desactualizados lo que conforma una paradoja: en momentos en que la sociedad planetaria es impactada por el fenómeno del envejecimiento y la longevidad, mantenemos modelos culturales desactualizados que impiden comprender este fenómeno que nos tiene o nos tendrá como actores y actrices principales.

El problema que se plantea con la longevidad desde la mirada del rol es que los/as longevos/as portan un rol novedoso en la historia de la humanidad y esta novedad funciona como una ausencia de rol. ¿Cuál es el rol social del longevo/a? Todavía no estamos en condiciones de conocer con la exigencia que nos pide la ciencia social cual

es el rol de la longevidad, pero sí sabemos que debemos separar este rol del rol tradicional de las vejeces y no asociarlo al rol mítico que ya ha sido descripto.

5. Ausencia de ritos ¿y de sentido?

Uno de los fenómenos que nos trae el envejecimiento social, individual y poblacional es que nos obliga a enfrentarlo sin las estructuras culturales que poseíamos cuando éramos niños/as, jóvenes y adultos/as. No contamos en la actualidad con modelos culturales que asignen sentido a la longevidad ni tampoco con ritos de paso o de transición que otorguen significado al paso de la edad madura a la edad provecta. La jubilación o la abuelidad parecen ser los ingresos oficiales a la vejez sin contar la edad. El peso de esta ausencia, opera en contra de la vida de las personas viejas y longevas.

Sumado a esta cuestión, no existen ritos de paso entre la adultez y la vejez. Veamos.

Los ritos tienen la función de garantizar ciertas normas de la sociedad y otorgar sentido a determinados cambios; en el caso particular que nos interesa analizar, existen los ritos de transición o de pasaje que otorgan sentido a los cambios corporales ligados al paso del tiempo. Estos ritos están ligados a las edades ya no exclusivamente en forma cronológica sino a cambios observables en el cuerpo.

El estudio de las diferentes edades en comunidades no urbanas, no industriales y no modernas, nos indican que cada edad se tipifica diferencialmente. La definición de niño o niña no es la misma –salvo las generalidades que lo hacen niño/a cultural y socialmente– en este tipo de sociedades que en una sociedad moderna de consumo.

Las edades en las cultures nómades se asocian con la evolución física como autonomía al andar y, como en general las culturas nómades son cazadoras, cuando se aprende el uso de las armas de caza y sus rudimentos, ese niño saldrá a cazar con los adultos y seguramente se lo adscribirá a un rol institucionado. Luego, habrá indicadores físicos como la aparición del vello, la menarquía, la fortaleza física, etc. También se presentarán indicares cognitivos como manejar lenguaje culto, comprender los ritos y las ceremonias, el aprendizaje de protocolos de higiene, comida, intimidad, etc. Cada edad esta “protocolizada”.

Los ritos, entendidos de esta manera, trascienden las clásicas definiciones de ceremonias que otorgan cohesión a la comunidad y los conmina a la adquisición de una identidad. La idea que quiero presentar es que el rito de transición –que es el que se vincula con nuestra temática– regula la estratificación social y ayuda a comprender, porque otorga sentido, a estos cambios etarios.

Durkheim nos indica que el ser humano es un ser dual:

> Esta dualidad de nuestra naturaleza tiene como consecuencia, en el orden de la práctica, la irreductibilidad de la razón a la experiencia individual. En la medida en que es partícipe de la sociedad, el hombre se supera naturalmente a sí mismo, lo mismo cuando piensa que cuando actúa. (Durkheim 2001: 14)

Es esta característica dual que menciona el sociólogo francés la que, a su manera, permite que el rito otorgue sentido a una cuestión individual –la edad– y la vincule con dispositivos sociales que, en nuestro caso, están indicados por la expectativa de rol que cada edad porta. Es por eso que, en nuestra sociedad moderna, persisten en forma de ceremonia ritual. Cuando una niña cumple quince años, se hace una fiesta para indicar a la sociedad que esa niña deja de serlo para convertirse en mujer. Hasta hace unas décadas atrás, lo mismo sucedía con los varones cuando cumplían dieciocho años. En la actualidad, es cada vez menos frecuente que se realicen estos rituales de transición lo que confirma, de alguna manera, la idea que se presenta aquí.

La sociedad actual cambia rápidamente y en forma constante determinando que vayan perdiendo sentido algunos ritos de transición. Si las edades están siendo impactadas por la transformación social y se denominan cada vez en forma más diferenciada, o bien se estructuran ritos cada vez más definidos o estos ya no tienen un sentido por asignar. Sea como fuere, lo cierto es que la sociedad nunca se ha planteado la longevidad y por ello no hay ritos ni modelos culturales que permitan asignarle un sentido diferente al que tiene la vejez. Si a lo dicho le sumamos que la vejez/envejecimiento determina una mayor heterogeneidad existencial, el envejecimiento diferencial, y que, además, es la edad de mayor extensión cronológica porque empieza a los sesenta años y finaliza con nuestra muerte que puede ocurrir superados los cien años, comenzamos a entender la cuestión social que estoy planteando.

Todas las edades portan una expectativa de rol que se asigna socialmente de acuerdo a la época y que se inscribe en complejos dispositivos ordenadores y disciplinadores cuyo objetivo es dotar de predictibilidad la conducta humana. La edad no es simplemente cumplir o “poseer” –nótese la utilización de esta palabra signada desde el campo jurídico o del campo económico– años, sino que, debido a la expectativa que cada edad porta, nos conmina a actuar de la manera que esa misma expectativa obliga. Si a lo dicho le sumamos que queremos ser inmortales, pero no queremos ser viejos/as, vamos viendo que nuestros deseos pueden ser una carga insoportable para algunos/as de nosotros/as mucho más cuando no poseemos modelos culturales o al menos no poseemos modelos culturales consolidados que permitan identificarnos y orientar nuestra conducta; por el contrario, los modelos culturales que hegemonizan los circuitos

comunicacionales, económicos, de estética, etc., son totalmente opuestos al envejecimiento.

La ausencia de ritos y de modelos culturales que permitan orientarnos como seres comunitarios en un mundo que cambia mucho y aceleradamente, opera en contra de nuestras expectativas como seres envejecientes. En este caso, la sociedad va muy retrasada con respecto a la biología.

6. La transición demográfica y juvenización

Desde que el mundo comenzó su transición demográfica, asistimos a un fenómeno contradictorio; por un lado, la baja tasa de natalidad (envejecimiento por la base de la pirámide demográfica) junto con el aumento en la expectativa de vida (envejecimiento por la cúspide de la pirámide demográfica) determinan el aumento proporcional de personas de edad provecta, es decir, viejos/as y, por el otro, asistimos a una juvenización de la sociedad que opera en contra de este fenómeno tanto simbólica como fácticamente. Lo trágico de esta cuestión, está representado porque la juventud y la niñez, que están romantizadas socialmente, ocupan una parte cada vez menor de nuestra duración existencial, y la madurez, y sobre todo la vejez, ocupan una temporalidad, concretada en años calendarios, cada vez más extensa. ¿Podemos darnos cuenta de esta cuestión? Glorificamos edades que duran poco mientras no construimos modelos culturales que pueden dar sentido al fenómeno del envejecimiento. De seguir así, las perspectivas existenciales en sus dimensiones políticas, económicas y sociales, pueden ser trágicas.

El culto a la juventud y a la niñez, como etapas vitales consideradas “mejores” termina institucionalizando un arma de doble filo y configura una profecía autocumplida que opera en contra de la persona vieja porque, cuando somos jóvenes, preocupados/as en la producción de nuestro propio bienestar, no advertimos que envejeceremos de seguir vivos/as y construimos un mundo que deberá contenernos tan solo dentro de un par de décadas. Esta es la profecía autocumplida.

El culto a la niñez y a la juventud, unida a la gerontofobia, las conductas ancianistas (*ageism)* y la desconsideración para con nuestros/as viejos/as, se está transformando en una especie de trampa que creará, de no modificar ciertas actitudes, un futuro distópico que nos tendrá como protagonistas.

No hay otra posibilidad, salvo la muerte, de detener el envejecimiento.

Podemos maquillarnos, hacernos cirugías, vestir a la moda, etc., pero el tiempo impacta tanto en nuestra psiquis como en nuestro cuerpo.

7. Aceleración de la juventud

Una cuestión que trae aparejada la juvenización de la sociedad es que pasa muy rápido. Son apenas unos pocos años, comparados con la extensión total de la vida, en que el ser humano es joven. Cada día que un/a joven dura en esta existencia, se acerca a la madurez y a la vejez en la que durará más tiempo. Permítaseme una aclaración.

Utilizo el verbo durar antes que vivir porque quiero connotar el concepto que nos legó Henri Bergson cuando nos habla de su *durée* que es un concepto de difícil aprehensión intelectual pero que es muy útil para el campo de la filosofía existencial. Cherniavsky (2008) nos dice que, antes que un filósofo, Bergson es un poeta porque su concepto de *durée* no aporta mucho a la filosofía más allá de la ambición del mismo Bergson:

> …cuando Bergson intenta decir la *durée*, hace proliferar las denominaciones, multiplica las expresiones: creación, indivisibilidad, continuidad, sucesión, interpenetración de las partes, movimiento, dinamismo, novedad, heterogeneidad, imprevisión, irreversibilidad. Pero este inventario no resulta del todo satisfactorio, pues buscamos justamente un sentido fundamental, **las propiedades no intercambiables que permitan agrupar todas las expresiones.** (las negritas me pertenecen)

Obviamente no voy a ingresar en esta polémica sino sostener, a partir de la contribución de Bergson, que los seres humanos duramos en un tiempo que es existencial porque alude, y esto es lo que vincula a Bergson con los filósofos existencialistas, a que el tiempo fluye en una dinámica que se expresa en una existencia. Desde este contexto, la duración de la niñez o de la juventud, es menor a la duración de la vejez que es lo que pretendo connotar.

La dificultad que puede entrañar la juvenización es que transforma a una edad en una especie de privilegio o categoría etaria calificada positivamente que se deshace rápidamente en virtud de la *durée*. Los/as apologistas de la juventud se vuelven rápidamente viejos/as sin darse cuenta que, de seguir persistiendo este artificial fenómeno social, evitamos construir una sociedad para todas las edades, como manifiesta la Organización de las Naciones Unidas, y desarrollar dispositivos culturales que otorguen sentido a las vejeces y a la longevidad.

Visto desde esta perspectiva, las edades son un indicador de nuestra homogeneidad existencial porque todos los seres humanos portamos una edad, pero, analizadas existencialmente, son un indicador de la diferenciación social que es lo que expresa el envejecimiento diferencial. No sería, entonces, la edad por sí misma un indicador confiable sino las experiencias existenciales y vitales por las que estamos obligados/as a transitar.

Todo/as los/as viejos/as han sido niños/as, jóvenes, adultos/as, padres y madres, han trabajado, han estudiado, se han enfermado, se han enamorado, etc., y son estas experiencias vivenciales – *erlebnis* y *erfahrung* de las que nos habla la fenomenología de Edith Stein– las que nos singularizan, y como la duración existencial es la que posibilita, por decir así, las vivencias y las experiencias, cuanto más tiempo duremos existiendo en esta vida, más diferentes nos volveremos. Esta es una novedad en la historia de la humanidad.

Un indicador que fortalece esta argumentación, es que estamos viviendo en una sociedad en donde ni el género ni la edad son relevantes (Neugarten 1999) porque ya no nos indican mucho sobre quienes somos. En un ciclo vital de pocos años, las edades pueden ser relevantes porque son capaces de portar una mayor significación, pero si ese ciclo se duplica, van perdiendo su sentido.

A principios del siglo XX se tenía muy claro el rol que debía cumplir un niño o una niña que era ir al colegio y jugar preparándolo para la juventud en donde estudiaría una profesión y se prepararía para la formación de una familia. Estaba muy claro, pero hoy día, los niños y las niñas no solo deben estudiar más de lo que estudiaron sus padres, sino que, además, deben aprender a manejar la tecnología adecuada, hacer deportes, conservar el ambiente, etc. Hoy se espera de un/a niño/a mucho más que antaño y es evidente que esta exigencia impacta en la consideración de las edades.

Hay niños/as y jóvenes que realizan tareas de adultos debido a que han adquirido conocimientos que eran impensados hace medio siglo atrás. Youtubers, Tiktokers, etc., logran en sus primeros años, poseer un capital monetario con los que sus padres nunca soñaron. Estos/as niños/as, si bien no dejan de serlo anatómicamente, ya no portan el rol que portaban antaño y se han "madurizado" rápidamente al mismo tiempo que se han socializado. Este es al cambio al que aludo y, sin embargo, seguimos siendo seres humanos que precisamos del aire para respirar y de los alimentos para seguir existiendo en la duración.

Las edades, desde la perspectiva de Berenice Neugargten, han dejado de hacernos o de deshacernos, son solo una dimensión más, y quizás no muy adecuada, para denotar la condición humana.

8. El impacto de la longevidad

La vida, tal como sostengo en esta ponencia, ha dejado de ser breve que era la condición del pasado. Habitamos un tiempo que dejó de ser efímero y, por el contrario, es largo, pero no lo suficiente para ciertas conciencias.

Desde hace unos cuantos años, la ciencia biológica tiene por objeto prolongar la vida, aunque se desvincula del impacto que esa prolongación produce porque no hay una inversión social –previsión social, viviendas, ciudades adecuadas, recreación, cuidados, etc. – que acompañe la prolongación de la vida. Estamos en condiciones, según nuestra adscripción social y de clase, de contar con una generación extra.

En el año 1960, Argentina tenía una esperanza de vida al nacer de casi 64 años (63.98) para los dos sexos siendo 67.2 para las mujeres y 60.92 para los varones. En el año 2020 la esperanza de vida al nacer es de casi 76 años (75.86) para los dos sexos; 79.29 para las mujeres y 72.55 para los varones[1]. Es de esperar que, debido al impacto de la pandemia de COVID, esta esperanza se vea afectada negativamente. En sesenta años ha habido una ganancia de doce años en términos generales siendo doce años también para las mujeres y levemente menor para los hombres; 11 años.

Tomar conciencia de que seremos seres longevos debe cambiar nuestra concepción del tiempo y de lo que debemos hacer ya que, seguramente, los estudios que realicemos en nuestra juventud quedarán desactualizados en nuestra madurez determinando que será mucho más eficaz aprender a desaprender lo aprendido y aprender a aprender. La educación no estará restringida a una edad, sino que será transversal a nuestra vida. De la misma manera, la extensión de la vida, nos permitirá reponernos de algunos fracasos y reanudar nuestro estado civil, cambiar de propiedad, etc. Si la vida solo duraba sesenta años, el sistema previsional podía financiarse con los aportes que hacíamos durante nuestra vida laboral, pero si la vida va a superar los noventa o los cien años, el sistema previsional que pensó Bismarck o Beveridge, deberá ser revisado porque se desfinanciará sencillamente porque viviremos muchos años más como jubilados/as o pensionados/as que laboralmente activos/as.

Si contamos con más tiempo de vida ¿para qué y porqué nos apresuraremos? La longevidad no solo supone un desafío, sino que es, a la vez, una oportunidad. Quedará por definir si vivimos en una sociedad donde “hay tiempo” o “sobra el tiempo”; problemas que deberemos abordar en algún momento. Ya no estamos conminados/as a decidir en nuestra juventud nuestro proyecto de vida porque esa vida se ha extendido en el tiempo.

No hay necesidad de apresurarse, graduarse, comprarse la casa porque la vida, y su final, se ha extendido. La puerta de salida de esta vida, queda más lejos que en el pasado y esto determina que, si comprendemos nuestra nueva condición, podemos ser

[1] datosmacro.expansion.com/demografia/esperanza-vida/argentina#:~:text=En%20Argentina%20empeora%20la%20esperanza,fue%20de%2072%2C55%20años Abril 2023.

más indulgentes con nuestros errores y postergar la toma de algunas decisiones hasta que contemos con los recursos de todo tipo que nos garanticen el cumplimiento de nuestros objetivos. La tecnología médica nos permite, al menos en términos de probabilidad, de contar con un *plus* de años que debemos saber usar.

9. Los cuidados

La longevidad implica que, en algún momento, se precisarán cuidados porque, debido a múltiples causas, no podremos cuidarnos a nosotros/as mismos/as. El aumento de vida entraña vulnerabilidad.

Todos/as los/as que viviremos mucho tiempo, en algún momento necesitaremos de la provisión de cuidados. Todo ser vivo, y sobre todo los seres más evolucionados biológicamente, precisamos cuidados para vivir; cuando somos niños/as, esos cuidados están provistos por nuestras madres, padres y abuelos/as pero cuando somos viejos, ya no tenemos a estos seres que nos cuidaban y deberemos contar o bien con los cuidados informales que nos proveerán nuestros/as conyugues, hijos/as o nietos/as o deberemos contar con cuidados formales que nos brindará la sociedad, el mercado o el estado. En los próximos veinte o treinta años, asistiremos a la expansión y profundización de las tareas de cuidados y, sin que nos sorprenda, presenciaremos, de no mediar políticas sociales eficaces, una profundización de las diferencias de clase, de ingresos, de género, etc.

No todas las personas, de seguir con el modelo actual, podrán sustentar económicamente los cuidados profesionales rentados y deberán contar con la ayuda de sus familiares que, debido a la baja tasa de fecundidad, serán pocos.

La tasa de dependencia de poblaciones envejecida, cuya fórmula es mayores de 60/PEA (pobl. económicamente activa) está determinando que haya cada vez menos parientes cercanos (hijos/as, nietos/as) y aumente la proporción de personas envejecidas necesitadas de cuidados.

Si hacemos un análisis por género, notaremos que hay más mujeres cuidadoras, de todas las edades, que varones cuidadores, aunque es posible advertir que se está incrementando la proporción de varones cuidadores, sobre todo de hermanos que cuidan a hermanos, de esposos que cuidan esposas y, sobre todo, de padres que cuidan a sus hijos/as. En este aspecto, hay mucho trabajo por hacer porque las tareas de cuidado, al contrario de lo que se puede creer, no son tareas que contradigan el modelo hegemónico masculino porque el cuidador sigue viéndose como proveedor, protector sin ver menoscabada su autoridad.

La expansión de los cuidados entraña una responsabilidad social pero también estatal porque, de dejar al mercado su provisión, asistiremos a una profundización de la diferenciación social toda vez que nos encontraremos con personas que, debido a lo magro de sus ingresos, no estarán en condiciones de afrontar el gasto que demanden esos cuidados. Acá es pertinente que los estados, en sus tres niveles, tomen cartas en el asunto optándose por reforzar el nivel local ya que es el más próximo al domicilio de quien necesite cuidados. No parece ser muy inteligente contratar cuidadores/as que deban viajar dos horas para llegar al domicilio de paciente. Del mismo modo, hay que tener en cuenta, al menos en la actualidad, que la mayoría de las cuidadoras son mujeres migrantes lo que complejiza el análisis y el diseño e implementación de las políticas sociales para el cuidado. En este caso, cabe estudiar si el formato del seguro, no puede ser un modo eficaz de financiar esos cuidados.

Si a partir de determinada edad, cada ciudadano/a, trabajador/a realiza un aporte a un sistema que debe ser administrado eficazmente, al momento de precisar la prestación, puede reducir el costo total porque el monto de ese seguro más el aporte que pueda hacer el estado sumado a la contribución personal, garantizarían el cuidado necesario. Tenemos que entender que posiblemente comencemos con cuidados por corto tiempo y luego serán cuidados permanentes veinticuatro horas por día los trescientos sesenta y cinco días del año. Debemos comprender que el cuidado es un derecho y no un privilegio. Esta es una situación que deberemos abordar como sociedad por sus implicaciones.

En este mismo camino, es preciso ir delineando políticas sociales de vivienda para las personas ancianas y longevas. Un/a anciano/a que vivió muchos años en una vivienda quizás ya no esté en condiciones de higienizarla y deberá recibir algún tipo de ayuda. Habitar una casa demasiado grande, puede ser una tragedia porque se va deteriorando a medida que pasa el tiempo y no se cuenta con los recursos para arreglarla, y así como pensamos en la vivienda, también debemos pensar en las ciudades. ¿Vivimos en ciudades que puedan contener la vida de los/as longevos/as asegurándoles sus derechos?

Como se puede apreciar, cada una de estas cuestiones ameritan estudios, análisis y, sobre todo, el diseño e implementación de políticas públicas con enfoque etario.

10. Longevidad y existencia

Tener muchos años y estar vivo/a no es solamente ser longevo/a sino que cambia radicalmente nuestra existencia; en primer lugar permite que varias generaciones compartan el mismo espacio y el mismo tiempo.

Si hasta hace unos pocos años, las familias se componían, como máximo de tres generaciones –abuelos/as, padres/madres, hijos/as– hoy en día podemos advertir que hay muchas familias que se componen de cuatro generaciones con los/as bisabuelos/as y a veces con los tatarabuelos/as. Coexisten humanidades diacrónicas que se encuentran sincrónicamente y que cohabitan en el mismo espacio con la salvedad que cada una de estas generaciones posee sus propios modelos culturales, sus formas de consumo, sus recuerdos, sus referencias, sus deseos, etc.

Podemos encontrar en una fiesta familiar de año nuevo, que en la misma mesa se encuentra una persona que vivió la II Guerra Mundial o la Guerra Civil Española, que ha sido testigo del 17 de octubre de 1945, que ha visto como Neil Armstrong pisó la luna en 1969, el "Rodrigazo" de 1975, el Proceso de Reorganización Nacional, la vuelta de la democracia en 1983, el menemismo, la caída de De La Rúa, el gobierno de Néstor y de Cristina Kirchner junto con un/a niño/a que maneja su teléfono inteligente mientras su abuelo brinda con sidra. Una persona vieja enviaba cartas para comunicarse con un pariente lejano en tanto hoy envía un correo electrónico, se enteraba de las noticias por una radio que transmitía unas pocas horas al día y hoy accede a cualquier diario del mundo operando su teléfono o su PC. Cada persona vieja atesora en su memoria la experiencia *–erfahrung–* consolidada de un pasado que nunca volverá. Desde esta perspectiva, las generaciones jóvenes van a la retaguardia.

Al mismo tiempo, esa persona que está brindando en la mesa con su familia, contiene en su cuerpo el pasado de lo que fue. En cada viejo/as anida en forma de recuerdo, de cicatrices, de enfermedades, etc., el/a niño/a, joven y adulto/a que fue en un pasado que a veces parece lejano y en otras ocasiones parece que fuera ayer.

Si bien quizás el espejo le devuelve una imagen que ya no reconoce, es la misma persona con la única diferencia del transcurso del tiempo que ha dejado, como bien sabe la gerontología social y la sociología del envejecimiento, las señales de la vejez.

Nuestro rostro y nuestro cuerpo son como palimpsestos que receptan las huellas de nuestra existencia. Ese ser que me muestra el espejo todos los días sigo siendo yo. Hay una transversalidad que me indica que hay "algo" exterior a mí mismo/a que me confirma. Podemos notar, por los surcos de nuestras arrugas faciales, la duración de las que nos habla Henri Bergson.

Para complejizar más esta cuestión, podemos decir que vivimos una época, siglo XXI, en que ni siquiera nuestro nombre original o nuestro documento puede ser un vínculo transhistórico porque, de acuerdo a nuestra autopercepción identitaria, podemos cambiarlo. Nacemos con un nombre que nos adjudican nuestros/as y padres/madres

que debería definir nuestro género, pero, con nuestra madurez, decidimos cambiarlo por el nombre que nos ofrece, por decir así, nuestra autopercepción.

Para aquellos/as que no deciden cambiarse el nombre, este sigue siendo su vínculo interetario propio que nos permite articular nuestra existencia más allá de la edad.

El nombre es lo que tenemos en común cuando somos niños/as, jóvenes, adultos/as y viejos/as. Es nuestra ligazón existencial con el mundo de vida y posee una fuerza tan grande como nuestro cuerpo y nuestro rostro. Un cuerpo o un rostro sin nombre, es una identidad a la que le pesa una ausencia. A partir de estas consideraciones existenciales, cobra mayor importancia el derecho a la identidad de los/as hijos/as de los desaparecidos/as que vivieron con un nombre dado por sus apropiadores/as y que lo cambian por el nombre dado por sus padres y madres antes que los secuestraran, y, del mismo modo, quedará por dilucidar en otro escrito, que sucederá con el colectivo LGTBIQ porque cuanto antes puedan nombrarse, más común será el nombre como articulador existencial.

La longevidad analizada con una mirada tamizada por la filosofía existencial, nos trae determinadas cuestiones. El último capítulo del libro de la vida puede ser más importante que los primeros.

Puede haber vidas que se completan en su final, y, desde un punto de vista estrictamente analítico y cronológico, así es, pero también es cierto que hay vidas que se completan o se desarrollan, por decir así, en la juventud; es el caso de deportistas famosos como Lionel Messi o Rafael Nadal que alcanzan la cúspide en la juventud, lo mismo podríamos decir de Alejandro Magno y de Jesús. No estoy diciendo que, una vez retirados de su actividad profesional, dejen de existir, sino que es difícil que los años venideros le traigan la fama que ya poseen. Su cenit llega en su juventud y es muy difícil que en su ancianidad puedan eclipsar los logros realizados. En estos casos, será exclusiva responsabilidad de cada uno de ellos/as la solución a este dilema.

La existencia supone una introducción perpetua a sí misma, es una soga anudada que se desarrolla hasta el final. El tiempo de vida es nuestra vivienda cronológica, es nuestro continente temporal.

Los/as ancianos/as arrastran cantidad de pasado, pero el tiempo, entendido a la manera existencial como temporalidad[2] (Heidegger 2007), no solo nos sigue conteniendo en los modos de sujetamiento sino que nos ofrece posibilidades existenciales que nos obligan

[2] Martín Heidegger dedica toda la Segunda Sección de la Primera Parta de su obra *Ser y Tiempo* a la cuestión que se establece entre el ser-ahí (el *dasein*) y la temporalidad.

a tomar decisiones en el presente al menos hasta que podamos; luego, en virtud del incremento de nuestra vulnerabilidad, las decisiones serán tomadas por otros en donde nuestra vivienda cronológica se irá reduciendo hasta el mínimo indispensable. Si la vida tiene un sentido, y dudo que así sea, ese sentido está representado por la finitud de la existencia humana.

11. Longevidad y calidad de vida

El tema que debe ocuparnos una vez que sabemos que vamos a ser longevos/as, se define por un concepto muy difícil de aprehender como es el de calidad de vida. Si bien no es mi interés indagar en esta concepto, sí es pertinente mencionar que es un concepto complejo y, a partir de esta complejidad, mencionar que no hay posiciones concordantes en la academia.

Entiendo a la calidad de vida como una situación, signada por la singularidad de cada persona, en donde confluyen varios factores de tipo económicos (ingresos, vivienda, cobertura social, etc.), familiares, emocionales y misceláneos que, trabajando armónicamente, impactan positivamente en la vida de las personas. Muchos de estos factores se definen con otro concepto complejo y polisémico como es el de bienestar.

Lo que me interesa destacar es que no necesariamente la longevidad implica contar con una buena calidad de vida, sino que, por el contrario, es muy posible que sigamos vivos/as pero padeciendo alguna enfermedad.

Lo que la ciencia ha logrado es prolongar la vejez a partir del sostenimiento de la vida como *zoé* que es un término griego que denota a la vida desnuda, a la vida sin existencia. Los griegos tenían dos palabras para designar la vida; *zoé* y *bío* en donde esta última hace mención a la vida vivida, a la vida existencial. La medicina actual, con todo el respeto que me merece su desarrollo científico, nos provee de *zoé* pero no de *bío* y este es un tema, como vengo sosteniendo, que debemos enfrentar como sociedad política pero también como comunidad.

La sociedad y la medicina se ufanan de alargar la vida pero se desentienden de lo mismo que provocan porque no desarrollar sistemas previsionales sanos y depurados, no hay ciudades que piensen en los/as viejos/as, no hay viviendas cómodas que permitan habitarlas en una silla de rueda, los servicios de salud y de cuidado no están al alcance de todos/as quienes lo necesitan, los bancos, los supermercados, los medios de comunicación, las plazas, las avenidas, los semáforos, no contemplan la situación particular de las personas longevas y viejas y si bien hay avances significativos, todavía no llegan a ser lo que deben ser.

La perspectiva transhumanista, solo atiende a la superación de los límites naturales de la vida como *zoé* despreocupándose de la *bío.* De acuerdo a las investigaciones de Max Tegmark, profesor de física del Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT) existen tres fases a partir de lo que define como “capacidad de autodiseño”.

La primera fase es la fase biológica cuyo *hardware* y *sofware* –nótese la terminología empleada– son resultado de la evolución biológica. Lo que hay que decir en este aspecto, es que, a la evolución biológica, no le “interesa” la vejez porque su programa genético tiene como objetivo la reproducción de la especie. Una vez que el sujeto logra reproducirse, ya puede morir porque el programa evolutivo ya se ha cumplido. El envejecimiento y las vejeces son resultado de la acción humana y social. En esta primera fase, Tegmar compara a los seres humanos con bacterias lo que también es un claro indicador ideológico.

La segunda fase se define como la fase cultural y apunta a la conservación del cuerpo –que es el *hardware*– y hay un mayor desarrollo del *sofware* que es lo que entendemos como cultura, socialización, desarrollo social, etc. y, finalmente, al fase tecnológica que surge a finales del siglo XX y principios de siglo XXI que sostiene que puede diseñar y modificar el cuerpo-*hardware* tanto como los modelos sociales y culturales, es decir el *sofware*.

Para el transhumanismo, esta tres fases implican una comprensión del ser vivo como dispositivo manipulable que hace hincapié en la autodeterminación del sujeto debido al aporte de la tecnología. Es de fácil comprensión cual es el sustento ideológico de estas posturas que terminan no solo abonando ideas como el de las neurociencias, sino que impactan tanto en el concepto de libertad reduciéndola a la autodeterminación personal y negando el contexto y la influencia social. No es de extrañar, repito, su pertenencia ideológica cercana a la libertad de mercado, una libertad que solo encuentra en un exacerbado individualista supuestamente autónomo, la clave de la felicidad.

Cabe decir que la perspectiva transhumanista carece de fundamentos empíricos y, hasta ahora, solo permanece en estado teórico. Quedaría por analizar el impacto, en términos de ambiente, que implicaría adoptar las ideas transhumanistas ya que sostienen que la naturaleza puede y debe ser manipulada para la persecución de los intereses individuales. Una sencilla mirada de lo que ha hecho la actual tecnología con los bosques, mares, llanuras, etc., nos indica su real valor.

12. Longevidad y cuerpo

Lo que envejece junto con nuestra conciencia, que pueda mantenerse más o menos inalterable de acuerdo a los puntos de inflexión que hemos atravesado a lo largo de nuestro curso de vida, es nuestro cuerpo.

Así como habitamos un tiempo existencial que nos contiene, lo hacemos en un "vehículo" cárnico que es nuestro cuerpo que tiene la particularidad de receptar los cambios que nos acontecen en nuestro fluir existencial, es decir, en nuestra *durée*.

Somos viajeros/as en un tiempo y somos transportados por un cuerpo que se desgasta pero que es sensible a ser curado y transformado.

Este cuerpo que poseemos, es independiente de nuestra voluntad; no obedece a la conciencia, sino que posee su propia autonomía inserto en un contexto físico y social.

El cuerpo no nos miente, pero sí nos puede engañar porque nosotros/as hacemos que nos engañe. Maquillaje, cirugías, vestimenta, etc., son todos recursos de ese engaño, pero el cuerpo, más en su interior que en su exterior, no se engaña a sí mismo. Nos dice, en su particular lenguaje, que el futuro es posible, pero en los términos que organiza ese cuerpo que, además, no es como todos los cuerpos porque, así como cada existencia es única, es único también cada cuerpo; en él se inscribe nuestra historia que es única.

> Hay que distinguir aquí entre el cuerpo heredado, el cuerpo vivido y el cuerpo mantenido, que es sobre todo, un cuerpo vulnerable, remendado de forma constante, como un elegante viejo sedán que se rompe y se repara con obstinación hasta el siguiente accidente. Llega un momento en que la salud consiste en pasar de una enfermedad a otra, sin hacernos ilusiones, donde la recuperación es más lenta y la convalecencia más larga, evitando así la peligrosa preeminencia de un solo patólogo y propagando la amenaza entre varios. (Brukner 2019:34)

Es este mismo cuerpo el que nos viene acompañando desde que nacemos –Heidegger diría desde que somos eyectados/as al mundo– y es un claro indicador de su envejecimiento y, como se dijo precedentemente, no nos engaña. Somo nosotros/as los/as que nos engañamos creyendo que si nos operamos las arrugas exorcizamos al tiempo; lo único que estamos haciendo es un eficaz engaño estético que puede ser positivo para quienes decidan hacerse su cirugía, no se trata de hacer una crítica a las cirugías anti *age,* sino de indicar que tiene sus límites y sus costos.

13. El proyecto de la vejez. Conservación de lo acumulado

Un pensamiento recurrente dice que la vejez se define como la edad sin proyecto. Durante la niñez el proyecto es educarse, durante la juventud es continuar con la educación, pero en su fase superior, y en la adultez el proyecto es obtener los recursos

indispensables para la reproducción familiar; se llega así a la vejez, de aceptar estas distinciones, con los proyectos más o menos cumplidos en la mayoría de las existencias.

Estas distinciones representadas en los diferentes proyectos según la edad, expresan las expectativas de la sociedad con respecto a la edad antes que a la edad misma y podían ser útiles en sistemas estratificados básicos y sencillos, pero en la actualidad cabría criticarlos entendiendo que, si es correcto afirmar que las edades se están ampliando en el sentido de que hay cada vez más edades, o bien habría más proyectos de acuerdo a cada edad o los proyectos asociados a ellas no son más que existenciarios que entiendo, tal como nos dice Martín Heidegger, como las estructuras formales que pretenden dar cuenta de lo previo (Gonzales Moscoso 2012:81).

Para comprender lo que nos quiere decir Heidegger con su concepto de existenciario y que me es útil para referirme a la edades y a los proyectos, es que un existenciario es una estructura fenomenológica que parte de un análisis de la facticidad del ser-ahí (*dasein*). Este ser-ahí porta caracteres esenciales que se expresan en su facticidad y Heidegger los llama existenciarios para distinguirlos de los que hubieran resultado de un análisis tradicional y se podrían resumir en un solo existenciario que Heidegger, retomando un mito griego llama *Cura*[3] o con el concepto de *sorge*[4]. Entiendo a los existenciarios, desde esta filosofía existencial, a la estructura ontológica de la existencia.

Más allá del aporte que nos brinda la filosofía existencial, la sociedad ha mal definido a la vejez como esa edad en donde se acaban los proyectos, posición que no se adecúa con la realidad.

Es cierto, en un sentido, que los proyectos que poseen las personas viejas ya no son los proyectos de su juventud pero, si se me permite cierta ampliación semántica del párrafo, el único proyecto existencial de cualquier vida es seguir viviendo de tal manera que la sola analítica de los proyectos es, desde esta perspectiva, inadecuada por su poca profundidad, no obstante, desde un aspecto fenomenológico nos es útil porque nos permite describir el proyecto, si es que existe, existencial. Acá se nos plantean muchas cuestiones que trataré de resumir con el costo que implica este resumen.

[3] Heidegger se refiere a este mito en la página 218 de su obra *Ser y Tiempo* referida en la bibliografía. Brevemente, el mito de *Cura* es un mito referido a la creación del Hombre.

[4] El concepto de *sorge* es muy importante en la obra de Heidegger. El cuidado (*sorge*) es similar a *care* en inglés. José Gaos, un traductor reconocido de las obras del filósofo alemán, traduce como "cuidado" y que podríamos entender como "procurar ser lo que se va a ser". Una forma más sencilla, con el sacrificio de sentido que toda sencillez comporta, es entender el cuidado (*cura-sorge*) como pre-ocupación. El ser debe ocuparse (cuidarse) de sí mismo en su proyecto existencial.

La existencia –la vida como *zoé, bío y durèe*– no necesariamente refiere a proyectos, aunque estos puedan existir en la mente de cada ser existente. Si somos seres arrojados (eyectados) a este mundo material y, a la vez, somos seres cuyo proyecto es la existencia en sí misma, en esta duración se nos presentarán eventos que impactarán en nuestra propia existencia vale decir que no somos los/as "dueños/as" de nuestro existir en el sentido de que podemos manejar estos eventos a nuestro antojo.

Dentro del paradigma del curso de la vida (Mariluz 2013) nos ocurrirán eventos normados –educarnos, graduarnos, casarnos, tener hijos, trabajar, jubilarnos, etc.– y eventos multideterminados. Estos eventos deben ser entendidos como "puntos de inflexión" (*turning point*) que singularizarán nuestra existencia, y si los eventos multideterminados pueden estar influidos por el azar, cabe señalar, entonces, que no le es posible al ser proyectar mucho de su vida sencillamente porque no está en condiciones de asegurarse cada proyecto. En este caso, vale citar a Jean Paul Sartre cuando nos dice que "Nosotros no somos terrones de arcilla, lo importante no es lo que se hace de nosotros, sino lo que hacemos nosotros mismos de lo que han hecho de nosotros" (Sartre 2003). Somos, en consecuencia, resultado de lo que hemos hecho y hacemos con lo que nos han legado. Desde esta perspectiva, vale la pena poner en duda la idea de que cada ser es capaz de cumplir su proyecto de futuro o su destino porque tendría esa capacidad, antes bien, la filosofía existencial, sostiene que el único proyecto que podemos sostener es el de la *durèe* que implica fluir en la vida bajos el modo de la existencia.

Si esta argumentación es correcta, podemos aplicar la idea que los proyectos son esas estructuras fenomenológicas –existenciarios– que posibilitan el despliegue de la existencia y no debemos comprenderlos como "sueños" o "idealizaciones esperanzadoras" de lo que advendrá si hacemos lo que tenemos que hacer.

A determinada edad, que no podemos fijar porque se relaciona con nuestro curso de vida, la continuidad de la existencia se antepone casi a cualquier cosa. Ya no es tan importante la novedad que implica un supuesto proyecto si no que, de lo que se trata, es de preservar lo que se ha obtenido en todo el curso de la vida. El proyecto, como existenciario, comprende conservarse si su costo es admisible porque llegará un momento en que deberemos enfrentarnos al dilema que nos plantea la pregunta de si vale la pena seguir viviendo. He aquí, en consecuencia, la filosofía de Heidegger:

> Heidegger explica el aún no o la forma en que la muerte le falta al Dasein o ser ahí, mostrando que ese faltar se afinca en un pertenecer. En este pertenecer la muerte se muestra como una estructura inmanente a la vida. En la perspectiva de dejar ver o mostrar a la muerte como un existenciario y

> su apropiación humana, Heidegger expone la determinación de la muerte como ese faltar o aún no fundado en un pertenecer; sin embargo, esta no es una condición exclusiva de la muerte sino una condición que caracteriza al ser ahí en cuanto tal. (González Moscoso 2017:85)

Ese “faltar aún” es el último existenciario –como proyecto– que le falta a la existencia porque la muerte no es lo otro de la vida sino el último acto de esa vida.

Pero estos son pensamientos que estamos elaborando a partir de que somos longevos/as porque es la primera vez en la historia de la humanidad que estaremos obligados/as a decidir sobre nuestra propia finitud. Si cada vez vamos a vivir más años, llegará un momento en que nuestra decrepitud será insoportable por lo que ella entraña más allá de que haya una tecnología que amortigüe los dolores de la enfermedad. El peso de nuestra existencia será tal que deberemos tomar alguna decisión. Montaigne, hace ya muchos años nos dice que: “Tan acoquinados están los hombres con su ser miserable que no hay condición, por ruda que sea, ¡que no acepten para conservarse!” (Montaigne s/d) Cabría pensar si se puede sostener en la actualidad este pensamiento.

De lo que se trata en la vejez es de preservar lo que se ha conseguido, es la edad de la conservación. No importa tanto la novedad como sucede con la juventud sino en no seguir perdiendo lo que la existencia misma deshace. El único proyecto que se va consolidando a medida que seguimos envejeciendo, está representado por la muerte, pero esta afirmación no debe ser leída desde su aspecto negativo sino existencial. Si somos seres para la muerte, como asegura Heidegger y todos/as los/as existencialistas, debemos prepararnos para lo inevitable y no resistirnos porque esa resistencia, finalmente, no opera a nuestro favor.

Conclusión

Uno de los cambios más trascendentales que estamos viviendo como sociedad del siglo XXI está patentizado no solo por el envejecimiento poblacional sino por la extensión de la vida que, de superar cierto umbral cronológico –los cien años– es definida como longevidad.

Hemos visto en esta ponencia, que la longevidad no es un problema en sí misma, sino que supone desafíos tanto para los individuos como para su familia, los estados –nacional, provincial y local–, el mercado, las viviendas, las ciudades, etc. Estos desafíos deben obtener respuesta por que es preciso comprender la naturaleza del fenómeno y el impacto que está produciendo porque, de no mediar la muerte –una posibilidad que se aleja un poco cada día de acuerdo a los avances médicos– seremos longevos/as.

Esta ponencia que se presenta, persigue el objetivo de ir debatiendo en sociedad el fenómeno de las personas longevas que nos acompañan en nuestra ciudad y en nuestro país.

Es necesario, en consecuencia, abrir el debate sobre como enfrentaremos como sociedad esta cuestión y como brindaremos cuidado a las personas longevas porque, más allá de los años que porten, no dejan de ser personas sujetas a derecho.

Bibliografía:

- Agamben, Giorgio (2006). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida. 1.* Pre-Textos
- Biblia. https://bibliacatolica.com.ar/Biblia%20Catolica.pdf. Abril 2023.
- Borges, Jorge Luis (s/d). *El inmortal. https://www.actors-studio.org/web/images/pdf/jorge_luis_borges_el_inmortal.pdf.* Abril 2023.
- Brukner, Pascal (2019). *Un instante eterno. Filosofía de la longevidad.* Buenos Aires. Siruela Grupal.
- Cherniavsky, Axel (2008). La expresión de la *durée* en la filosofía de Bergson. *Rev. latinoam. filos. v.34 n.*1 Ciudad Autónoma de Buenos Aires mayo 2008. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-73532008000100004.
- Durkheim, Emile (2001). *Las formas elementales de la vida religiosa*. México: Coyoacán.
- Galiano, Alejandro (2019). ¿Hacia un futuro transhumano? En *Nueva Sociedad.* 283 Setiembre/Octubre 2019. https://nuso.org/articulo/hacia-un-futuro-transhumano/#:~:text=El%20transhumanismo%20es%20un%20movimiento,la%20mente%20del%20cuerpo%20humano. Abril 2023.
- Gonzalez Moscoso, Elsa (2012). Consideraciones en torno a la estructura
- ontológica existencial de la muerte en Martin Heidegger. *Disputatio. Philosophical Research Bulletin,* Vol.1 No. 1, Jun. 2012, pp. 79-94 www.disputatio.eu | ISSN: 2254-0601 | Salamanca-Madrid
- Heidegger, Martín (2007). *Ser y Tiempo*. Argentinas. FCE.
- Mariluz, Gustavo (2013). *EL CURSO DE LA VIDA. Una mirada desde la Filosofía Fenomenológica y la Sociología del envejecimiento.* Ponencia presentada en las X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. 20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI 1 al 6 de julio 2013 Mesa 56.
- Montaigne. *Ensayos.* Libro II. Capítulo 37. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/ensayos-de-montaigne--0/html/fefb17e2-82b1-11df-acc7-002185ce6064_165.html#I_118_
- Neugarten, B. L. (1999). *Los significados de la edad.* Barcelona, España: Herder.
- Ramos Gómez, M. (2019). Erlebnis y Erfahrung (vivencia y experiencia) en Edith Stein. *STEINIANA: Revista De Estudios Interdisciplinarios*, *3*(1), 60–75. https://doi.org/10.7764/Steiniana.1.2019.2.
- Sartre, Jean P (2003). *Saint Genet. Comediante y Mártir.* Bs. As. Losada.